¿QUÉ PREGUNTA EL PREGUNTAR?[1]

Eduardo Álamos, 2018
ealamos@gmail.com

Pregunto, luego aprendo.

Hablemos de la pregunta, o más bien, de qué pregunta el *preguntar*. Es Paulo Freire, junto a Antonio Faúndez, en su libro "*Por una pedagogía de la pregunta*"[2] donde se nos advierte, también desde la pedagogía crítica, que la enseñanza busca entregar respuestas predeterminadas generando lo que Freire llama la "*castración de la curiosidad*". Y claro está que si analizamos algunas de las preguntas que plantean los profesores a sus estudiantes tales como ¿Existe Dios?, ¿Cuándo surgió el Universo?, ¿Quién fue Nicolás Copérnico?, ¿Quién descubrió América?, ¿Quiénes son los próceres de América Latina?, ¿Para qué sirve la matemática, la filosofía y la física?, pareciera ser que estamos enseñando grandes temas y promoviendo el conocimiento, sin embargo, los estudiantes que cada docente tiene hoy en clases se están preguntando otro tipo de cuestiones, tales como ¿Cuánto universos existen?, ¿Es posible viajar a través del tiempo?, ¿Podremos viajar pronto a Marte?, ¿Por qué se dice que no hubo descubrimiento, sino *encubrimiento* de América?, ¿Vivimos en un universo holográfico?, ¿Somos robots biológicos programados?, ¿Es la Luna artificial, quién la puso ahí y para qué?, ¿Cuántas civilizaciones han existido en el planeta antes que la nuestra?, ¿Quiénes, con una ingeniería imposible al día de hoy, construyeron Ollantaytambo, Puma Punku, Sacsayhuamán o las pirámides mayas y egipcias?, ¿Es nuestro origen extraterrestre?, ¿Son el Sol y los volcanes portales a otras dimensiones o a otros puntos del universo? Todas estas preguntas, que parecen

---

[1] Versión libre del capítulo *La Pregunta* del libro "*Método Emilia, Plan Maestro para mejorar la Calidad de los Aprendizajes en Aula"*, Create Space, USA., 2016, 196 p.

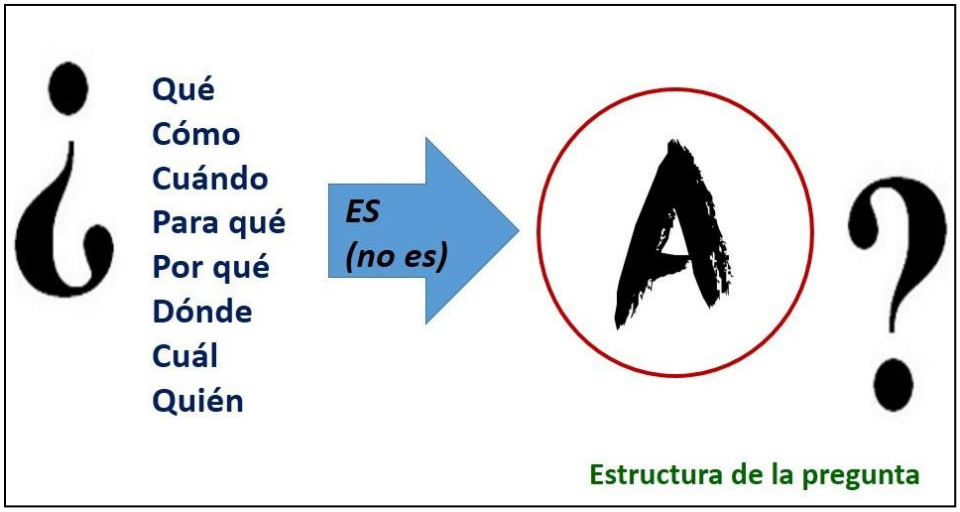
[2] Freire Paulo, Faúndez Antonio, "*Por una pedagogía de la pregunta. Crítica a una educación basada en respuestas a preguntas inexistentes*", Siglo XXI Editores, 1ª Ed., Buenos Aires, 2013, 244 p.

de ciencia ficción, hoy están profundamente más cerca y más ligadas a la ciencia que a los contenidos que se enseñan en las instituciones educativas. Internet y You Tube conforman la biblioteca más grande e impresionante a la que ha tenido acceso la humanidad en toda su historia, y es ahí donde preguntan atrevidamente nuestros niños y niñas, de modo que nosotros, en clases, no estamos satisfaciendo al preguntar esencial que tienen chicas y chicos de hoy. Las preguntas y réplicas para ellos están en otra parte, pero no en nuestra clase, puesto que las respuestas que entregamos sólo satisfacen a nuestras propias preguntas. Y para remate, *no enseñamos a preguntar a nuestros estudiantes*. Las respuestas se las llevamos preparadas, trabajadas para preguntas que nosotros hacemos y que ellos jamás nos han hecho y quizás nunca nos hagan. Y en ello, por supuesto, que tienen toda la razón Freire y Faúndez.

Toda pregunta es antesala del conocimiento, tal es así, que la humanidad no estaría en el lugar en que se encuentra si los hombres no hubiesen interrogado una y otra vez a la realidad, al tiempo, a las cosas y a sí mismos. La capacidad de asombro en los griegos -la infancia de la sociedad occidental-, lleva a los helenos a preguntarse por el cosmos, el caos, el ser y el no ser. La duda metódica, modo de pregunta e infancia de la filosofía y la ciencia moderna, es el comienzo primigenio que permite a Descartes plantear el método científico. Todo niño se desarrolla *naturalmente* hasta los *por qué*. Sin embargo, a pesar de todo lo anterior, nuestros sistemas educativos han escondido, mutilado, casi satanizado la pregunta y su preguntar. ¿Qué hace un profesor ante preguntas como: *¿Tiene más hojas un peral que Buscando el Tiempo Perdido?... / ¿Por qué se suicidan las hojas cuando se sienten amarillas?*[3] Es que además hemos estigmatizado a ciertas preguntas como *preguntas tontas*.

¿Qué es la pregunta que permite el preguntar? Es la interrogación a la vida, al mundo, a la realidad, a nosotros mismos, entonces, *es el principio de todo conocimiento*, de la verdad y de la falsedad, de lo sagrado y de lo profano, de lo posible…, y de lo imposible. El preguntar es el árbol del conocimiento del *bien* y del *mal* del hombre. El preguntar es la esencia de la curiosidad humana, es lo que nos acerca o nos aleja de Dios, cualquiera que sea la idea que tengamos de Él.

[3] Pablo Neruda, *El libro de las preguntas*.



Al analizar la estructura de la pregunta, sabemos que "*cómo, cuándo, qué*…" son adverbios interrogativos (y se acentúan cuando forman parte de una pregunta), luego tenemos la cópula verbal y que puede ser cualquier verbo que unirá el adverbio con… ¿Con qué?... ¿Con **A**? ¿Y qué es **A**? ¿Es **A** sujeto, objeto, predicado, acción? Pensamos que es necesario detenernos un tanto en el análisis de la estructura lingüística (lógica) de la pregunta, pues es esta estructura la que permite *el preguntar*.

Si preguntamos ¿Qué es **A**?, **A** es un objeto; en ¿qué forma tiene **A**?, al parecer conocemos **A** e ignoramos una característica o cualidad; en ¿quién es **A**?, **A** sería un sujeto; en ¿dónde está **A**?, estamos interrogando por un lugar; en ¿cuándo ocurre **A**?, estamos preguntando por un período de tiempo sabiendo, al parecer, la acción, y en ¿qué hace **A**? preguntamos derechamente por una acción de algo o de alguien. En fin, ejemplos de preguntar hay muchos, pero la estructura en sí misma es la que va definiendo *su preguntar*. El adverbio interrogativo nos hace acercarnos a lo que *queremos saber*, en tanto que la cópula verbal nos relaciona directamente a un sujeto, objeto, acto, cualidad o tiempo que deseamos conocer. Este *deseamos conocer* es un impulso subyacente pero implícito en el acto de formar una pregunta y preguntar. Pero ahora, antes del preguntar, tenemos dos elementos, a saber, el deseo de conocer algo y la estructura de la pregunta que necesitamos construir para interrogar por ese algo. Sin embargo, aún no sabemos qué es **A**, es decir, cómo y por qué llegamos precisamente a instalar **A** y no **B** en nuestra pregunta. Esto nos da un aire de aliento, pues nos muestra con cierta claridad que queremos conocer **A** y no **B**, de modo que pareciera que para querer saber acerca de **A**, debemos tener un *conocimiento previo* de **A**, antes de interrogar por ella. Si preguntamos, por ejemplo, ¿qué es rémora?, o, ¿qué es una rémora?, o, ¿qué es la rémora?, ya sabemos que aquí subyace el impulso

suscitado por la curiosidad o el deseo de saber acerca de que es este objeto o sujeto llamado *rémora*. Pero este sujeto u objeto ya está instalado de alguna manera en nosotros, al menos como nombre de algo. Alguien puede habernos hecho un comentario similar a "*ese tipo parece una rémora para su familia*", o, "*las rémoras son útiles para los tiburones y tortugas gigantes*", afirmaciones que nos advierten que hay algo que no conocemos y que eventualmente podríamos conocer, eso sí, *si quisiéramos*. Aprovechemos de aclarar algo más: si tomamos la segunda afirmación, nos aparece que queremos conocer que es o que significa *rémora* y no tiburón o tortuga, ello porque ya conocemos lo que es una tortuga o un tiburón, aclaración interesante de por qué queremos conocer **A** y no **B** o **C** (en donde **B** sería medianamente conocido o conocido por completo y **C**, desconocido y plenamente ajeno a nuestro intelecto, por tanto imposible de que se transforme en un sujeto de pregunta).

Desde la lógica clásica sabemos que para que haya conocimiento de un concepto (referido a sujeto, objeto o acto), se necesitan cuatro pasos o *estados* para que efectivamente conozcamos algo, a saber, *concepto objetivo*, *concepto formal*, *término escrito* y *término oral*. Para simplificar la comprensión diremos que el concepto objetivo es el acto de captar *algo* con nuestros sentidos (cuando vemos, escuchamos, tocamos, olemos o gustamos), por lo tanto, si tenemos ante nuestros ojos un papel, en tanto estemos viendo ese objeto, estaremos captando nuestro concepto objetivo; se llama concepto formal a aquella huella, impresión o imagen que queda plasmada en nuestra mente de ese concepto objetivo que en algún momento captamos con nuestros sentidos, es decir, en nuestra mente queda la *imagen* del papel que vimos hace un momento; el término oral, en tanto, es aquel o aquellos fonemas que forman el nombre *papel* y, finalmente, termino escrito será precisamente esto que escribimos *p+a+p+e+l*, papel. Desde la lógica de los conceptos, entonces y sólo entonces, cuando tengamos los cuatro elementos o estados –objetivo, formal, oral y escrito-, podremos decir que existe conocimiento en nuestra mente de un concepto en particular, que conocemos algo, de manera contraria, si faltara al menos uno, el conocimiento no estaría completo, como podría ser el caso de *rémora* para algunas personas que ignoran tal concepto. En el caso de *rémora*, tenemos a la vista como suena con sus fonemas y como se escribe, pero para muchos no existe en su mente la idea o imagen de rémora ni tampoco el concepto objetivo (jamás han visto una rémora, obtenido su definición o visto al menos una imagen en un libro o en la televisión). Siendo así, cuando escuchamos que alguien afirmó que "*las rémoras son útiles para los tiburones y tortugas gigantes*" o "*ese tipo parece una rémora para su familia*" nuestro conocimiento es incompleto, precisamente porque tenemos ausencia del concepto objetivo y del formal (en nuestro ejemplo). He aquí entonces que nuestra curiosidad nos mueve a estructurar la pregunta *¿Qué es una rémora?,* es decir,

hemos llegado a las razones o causas de por qué organizamos un preguntar a través de la estructura *¿qué es **A**?* De este modo, reiteramos que, por una parte, toda pregunta implica en sí la *curiosidad de aprender y saber*, curiosidad que nace *al descubrir que desconocemos un "algo"* del que ahora sólo tenemos una primera referencia (*rémora*), curiosidad que mueve a nuestra voluntad, la motiva a *interrogar* a la realidad, al mundo, a la vida, a otros y a nosotros mismos, y por otra, que todo preguntar implica en sí mismo ese *conocimiento previo*, un *algo* que nos indica *qué y cómo* debemos preguntar como es, precisamente, el caso de *rémora*, donde el conocimiento previo es el término oral y el término escrito, y lo que nos falta es el concepto formal y el concepto objetivo. Hagamos una última prueba para confirmar esto: Si alguien nos dice "*estoy pensando en…*" y se queda en silencio, a lo sumo podríamos preguntar ¿en qué estás pensando?, puesto que no nombró a aquello en lo que estaba pensando, por lo tanto, no tenemos, a diferencia de rémora o papel, ninguno de los cuatro estados o elementos que necesitamos para construir una pregunta. Aquí, definitivamente no tenemos siquiera un atisbo de **A**, nos falta esa *referencia* de **A** que nos permitiría o movería a interrogar por lo que falta de **A**. Prueba esto que toda pregunta la construimos a partir de un pequeño, mínimo conocimiento previo, pero previo al fin y al cabo. Para redondear, a la pregunta ¿Qué es una rémora?, pregunta en que insistimos, tenemos el término escrito y el término oral, *alguien* (puede ser un profesor, un experto o Google) que sí conoce el concepto objetivo y el concepto formal podrá respondernos: *una rémora es un pequeño pez que se adhiere a tiburones y tortugas marinas y vive de los restos de comida que le quedan a éstos al devorar a sus presas*. ¡Eureka! Ahora tenemos, gracias a este *alguien*, los cuatro tipos de conceptos; el concepto objetivo (alguna vez hemos visto un pez pequeño), que nos permite imaginarnos el concepto formal (tenemos imágenes en nuestra mente de peces pequeños), completando el término oral y escrito, *rémora*. Nuestra modesta pregunta nos ha hecho llegar, gracias a un alguien más sabio, a *conocer* lo que *es* una rémora, y entendiendo, por añadidura, por qué las rémoras son útiles para tortugas y tiburones y el sentido metafórico que nos indica que existe un tipo que vive a expensas de su familia.

Ahora bien, si todo preguntar implica en sí mismo un exiguo conocimiento previo, un *algo* que nos indica qué y cómo debemos preguntar, entonces el preguntar es de suyo intuitivo; de alguna manera, gracias a ese conocimiento mínimo y previo, el preguntar *entrevé* o *intuye* al menos dos elementos: por una parte, <u>qué y cómo es lo que debe preguntar</u>, y por otra, <u>una respuesta, que además sea verdadera</u>, es decir, *el preguntar es en sí mismo la intuición de la verdad o falsedad posibles de todo conocimiento*.

Visto este modesto y parcial análisis acerca de la estructura de la pregunta y del preguntar, al repasarlo, tenemos una progresión muy particular, la que comienza con la adquisición cognitiva de un *fragmento de algo* (lo que se transforma en conocimiento previo), genera la curiosidad por saber más (motivación a investigar-preguntar), define la estructura de la pregunta (¿Qué es **A**?) y el preguntar a otros, a la realidad o a sí mismo (resultado final del proceso, y principio e intuición de conocimiento). Este proceso es ni más ni menos que un *método*, un pequeño y eficaz método que ha llevado a la humanidad a su lugar actual en el tercer milenio. Para ser más exactos, el preguntar es el método para llegar al conocimiento[4]. Pregunta el religioso a la teología y a su fe, pregunta el científico a los fenómenos y a las causas, pregunta el filósofo a la historia, a la realidad y a otros filósofos, y todo ello lo conocemos como *investigación*. ¿Por qué negar, entonces, a los nóveles estudiantes, el desarrollo de la capacidad de preguntar para conocer o saber, en definitiva, para aprender?

Ahora bien ¿cómo podemos enseñar a nuestros estudiantes a preguntar? Primero que todo, no haciendo las preguntas nosotros. Los docentes tradicionales –y muchos de ellos de las últimas generaciones-, *tienden* a guiar los contenidos a través de preguntas dirigidas a sus estudiantes, de modo que en la medida que vayan obteniendo las respuestas adecuadas, *dan por entendido que hubo aprendizaje*. Nada más lejano de la realidad. Esto es lo mismo que aquel profesor que tiende a repasar los contenidos antes de un examen con el propósito de que sus estudiantes comprendan con mayor profundidad tales contenidos. ¿Y cómo sabe este profesor qué entendieron y qué no entendieron sus estudiantes de los contenidos en cuestión? ¿Acaso no debiera ser al revés, esto es, que los mismos estudiantes preguntaran por aquellos conceptos, definiciones y afirmaciones que no están claros *para ellos* de los contenidos a considerar en un examen? Entonces debemos enseñar a nuestros estudiantes a preguntar pidiéndoles que ellos mismos realicen todas las preguntas posibles respecto de un texto o contenido que les hayamos entregado. *Se aprende a preguntar preguntando*. Y esto, insisto, no lo debe hacer el profesor, sino el estudiante.

Toda pregunta, como ya lo vimos antes, es el principio de un conocimiento determinado, implícito en la misma pregunta, por tanto, la pregunta por sí sola es un método de aprendizaje. Esto quiere decir que si un docente establece que por

---

[4] Esto porque la pregunta permite el preguntar en tanto haya conocimiento previo. Habiendo conocimiento previo en el preguntar, la pregunta es una afirmación o negación incompleta, que en la medida que haya completitud, es posible alcanzar la verdad o falsedad, y que es el momento en que la pregunta se transforma directamente en afirmación o negación de algo, y además, verdadera o falsa, o sea, en una proposición; por ejemplo, la pregunta *¿Existe Dios?* puede transformarse directamente en una proposición afirmativa, *Dios existe* (que además puede ser verdadero o falso), o en una proposición negativa, *Dios no existe* (y que puede ser verdadero o falso).

cada texto, contenido o unidad de clases los estudiantes deben construir una o más preguntas respecto de ese texto, contenido o unidad de clases, tales estudiantes practicarán permanentemente el preguntar y ello, necesariamente, permitirá, por una parte, el dominio de la pregunta y su estructura, la relación con las respuestas contenidas en el propio texto, contenido o unidad de clases, y de suyo, permitirá un mejor aprendizaje, precisamente por la relación conceptual que ahora existirá en la mente de cada joven entre la pregunta y las respuestas, además de su relación con la verdad o falsedad.

El aprender a preguntar –pensamiento interrogativo-, desarrolla no sólo más y más curiosidad por conocer y saber, sino que despliega también el pensamiento intuitivo. Lejos de seguir la tradicional definición de esta facultad humana, nosotros proponemos que el pensamiento intuitivo es una especie de *agujero de gusano* a través del cual podríamos atravesar rápidamente el espacio-tiempo hacia el *conocimiento inmediato*, o sea, al practicar sistemáticamente el pensamiento interrogativo-intuitivo, podemos rápidamente llegar al conocimiento que anhelamos, sin tener que franquear por los largos procesos del aprendizaje que necesita el ser humano de siempre. En definitiva, el pensamiento intuitivo también puede llegar a ser pensamiento lateral, esa habilidad que es capaz de resolver situaciones y problemas, crear y organizar de manera distinta, especular e innovar donde el pensamiento lógico no puede, preso en paradigmas anquilosados en estructuras tradicionales que debemos superar.

Incluir el preguntar como parte de una metodología de aprendizaje se debe también a que los estudiantes se ven enfrentados durante todo su ciclo escolar a un bombardeo de preguntas en test y exámenes, sin que casi nadie les haya enseñado *cómo se construye una pregunta*. ¿Cómo es que todo estudiante se enfrenta a un sinnúmero de preguntas sin saber preguntar, o estando casi vedado para ellos realizar preguntas *más allá* de las necesarias e impuestas por el profesor? Es que el preguntar incomoda, so riesgo de que no se tenga respuesta, actitud de los siglos y del milenio pasado que ha mantenido a nuestros estudiantes en una especie de estado –en palabras de Freire-, de *castración mental*, y hoy estamos pagando las consecuencias al hablar de calidad de la educación, calidad de los aprendizajes y expectativas de superar con éxito la educación superior para nuestros jóvenes.

Si bien es cierto que al principio los estudiantes *con suerte* construirán preguntas básicas, en el desarrollo del proceso se irán atreviendo a realizar interrogantes más complejas, ello en la medida que se vayan dando cuenta de *qué y cómo* deben preguntar; es así que cuando ya hayan tomado ritmo, aparecerán preguntas que están más allá de la clase y más allá del propio contexto de contenidos. Es entonces cuando estamos comenzando a lograr un estudiante

distinto, más desarrollado y que está siendo capaz de proyectarse por sobre el metro cuadrado de una clase tradicional e impuesta.

¿Qué lograremos con hacer trabajar a nuestros estudiantes en la construcción de preguntas? Más de lo que nos podemos imaginar. A través de la construcción de preguntas y el preguntar a la clase, al texto o a los contenidos, los estudiantes comienzan a descubrir los elementos esenciales de ese texto, contenido o clase; es también el comienzo de revertir el pensamiento deductivo por el pensamiento inductivo (que se necesita a la hora de estudiar), pero también están desarrollando –como ya lo dijimos-, el pensamiento intuitivo y el pensamiento lateral, ambos, potentes herramientas cognitivas para solucionar problemas, ver soluciones donde normalmente no se ven, y desarrollar la creatividad y la innovación.

El calentamiento global, la pobreza económica y cultural, la desigualdad, la inequidad, el racismo, la marginación, el individualismo, el machismo, el fanatismo religioso, los nacionalismos afiebrados, el egoísmo y la manipulación de las democracias de las sociedades actuales, necesitan de nuevas generaciones capaces de innovar a través del pensamiento interrogativo-intuitivo, del pensamiento deductivo-inductivo y del pensamiento lateral, habilidades ineludibles para superar los derroteros actuales de la humanidad.

Desde la pedagogía corresponsable, la *duda metódica* instalada como método de aprendizaje es una concreta propuesta para mejorar la calidad del conocimiento, ya ni siquiera en la sala de clases, sino desde todos y de cada uno de los estudiantes.